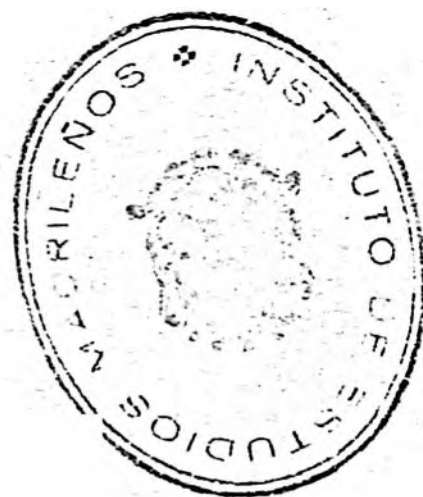


ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo I



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
MADRID, 1966

S U M A R I O

	<i>Páginas</i>
PRESENTACIÓN	5
EL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS	
Patronato. Junta Directiva	11
Miembros numerarios	12
Miembros honorarios y numerarios fallecidos	17
Actividades del Instituto durante 1965, por <i>Francisco Arquero Soria</i>	19
Apuntes para una futura bibliografía del Instituto, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	25
SEMBLANZAS DE MADRILEÑISTAS	
Don Agustín González de Amezúa, por <i>Juana de José Prades</i>	41
Don Cayetano Alcázar Molina, por <i>José Cepeda Adán</i>	59
ESTUDIOS	
Algunos aspectos del Madrid de Felipe II, por <i>José Antonio Martínez Bara</i>	67
El proceso de Carranza: Algunas consideraciones, por <i>Manuel Fernández Alvarez</i>	77
Recepción madrileña de la reina Margarita de Austria, por <i>Eloy Benito Ruano</i>	85
Anales de la construcción del Buen Retiro, por <i>José María Azcárate</i>	99
El Madrid y los madrileños del siglo xvii según los visitantes ingleses de la época, por <i>Patricia Shaw Fairman</i>	137
Madrid en la vida y obra de Pedro Liñán, por <i>Maximino Marcos Alvarez</i>	147
Ediciones olvidadas del teatro de Tirso de Molina, por <i>Fray Manuel Penedo Rey (O. de M.)</i>	161
Noticias de impresores y libreros madrileños de los siglos xvi y xvii, por <i>Mercedes Agulló y Cobo</i>	169
Músicos madrileños y músicos madrileñizados. (Páginas históricas), por <i>José Subirá</i>	209
El Madrid de Carlos III en las cartas del marqués de San Leonardo, por <i>José Cepeda Adán</i>	219
Bodas reales bicentenarias en Madrid, por <i>Florentino Zamora</i>	231
El Puente de Viveros. (Accesos de Madrid en el siglo xviii), por <i>M.^a del Carmen Pescador del Hoyo</i>	253

Fuentes para el conocimiento histórico-geográfico de algunos pueblos de la provincia de Madrid en el último cuarto del siglo XVIII, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i>	263
«El Duende crítico de Madrid» en el siglo XVIII, por <i>Isidoro Montiel</i>	279
Contratiempos lírico-teatrales madrileños, por <i>Nicolás Álvarez Solar-Quintes</i>	297
Acerca de un supuesto madrileño: don Pedro de Estala, por <i>Jorge Demerson</i>	309
El Catastro en la provincia de Madrid durante el pasado siglo, por <i>José Gómez Pérez</i>	315
Apostillas al homenaje de la Real Academia Española a Lope de Vega en 1862, por <i>Ramón Esquer Torres</i>	327
Fiestas madrileñas del Centenario del Descubrimiento de América, por <i>José del Corral</i>	335
Notas para el estudio del habla en Madrid y su provincia, por <i>Antonio Quilis</i>	365
La prensa madrileña como tema de investigación universitaria, por <i>Leonardo Romero Tobar</i>	373
Pasado, presente y futuro de la red de caminos de la Excelentísima Diputación Provincial de Madrid, por <i>Ángel Torres Ossorio</i>	379
El Museo del Monasterio de la Encarnación, por <i>Paulina Junquera</i>	385
La nueva estructuración parroquial de Madrid, por <i>Jacinto Rodríguez Osuna</i>	391
El problema de la circulación en Madrid, por <i>Antonio Valdés y González Roldán</i>	405
Índices estadísticos de nuestro Madrid y su evolución contemporánea, por <i>Ricardo Vilalta Fargas</i>	413
Planes municipales en Educación y Cultura, por <i>Antonio Aparisi</i>	423

MEMORIAS Y RECUERDOS

Las tertulias médicas de antaño: Cajal en los cafés madrileños, por <i>José Álvarez-Sierra</i>	433
Los saloncillos de autores, por <i>Federico Romero</i>	443
Mis primeros recuerdos madrileños, por <i>Federico Carlos Sainz de Robles</i>	455
Azorín, años atrás. (Unas cuartillas inéditas del Maestro), por <i>Mariano Sánchez de Palacios</i>	467

MATERIALES DE TRABAJO

Catálogo de manuscritos madrileños que se conservan en el British Museum, por <i>Francisco Aguilar Piñal</i>	475
Nómina de escritores naturales de Madrid y su provincia (siglos XV-XVIII), por <i>José Simón Díaz</i>	501

MIS PRIMEROS RECUERDOS MADRILEÑOS *

POR FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

De los géneros literarios prefiero hoy el de «memorias y recuerdos», si están escritos por espíritus sinceros y sensibles. En la lectura de estos «recuerdos y memorias», sencillamente redactados por claros varones de España, he aprendido más historia española del siglo XIX que en los amplios y muy anotados tratados escritos con cierto énfasis por los más graves y rigurosos historiadores. Y porque este género me gusta sobremanera, siempre pensé que acabaría yo, si mi vida me concedía tiempo de tregua para ello, escribiendo los míos, puntual y sincero, y en la mejor prosa que la fortuna acertara a poner en los puntos de mi pluma. Por lo común, quien escribe sus memorias —que en sí mismas llevan los recuerdos— es persona ya metida en años, con más gusto por mirar hacia atrás que hacia delante, de vuelta de todos los desengaños y templado por el roce en todos los pedernales de su cachito de mundo. Esta regla general se cumple en mí. Y bien sabe Dios que no me pesa, pues que se compensan en mí la edad con una larga serie de dones fastos: comprensión al juzgar, humor al comentar, serenidad para reaccionar y fe a pie juntillas en la espera. Virtudes que me concedió Dios, y de las que deseo hacer buen uso para vivir y para escribir. Mientras me llega el tiempo sosegado de recordar «en conjunto» mi medio siglo largo de uso —más o menos lógico— de razón, que es tanto como recordar con juicio, me propongo ahora bien poca cosa: fijar en no muchas cuartillas mis primeros recuerdos madrileños. Siempre me causó asombro el «cómo se las arreglarían» tantas personas para evocar su existencia inclusive desde los primeros meses de la lactancia, y desde sus primeras «gracias» jaleadas por el Consejo de Familia. Reconozco que no poseo una memoria con algo de particular. Modestita y... santas pas-

* De la obra inédita *Cada día se nace y se muere* (Memorias de un madrileño).

cuas. Así que cuando la he obligado a retroceder —terrible máquina socavadora— en mi pasado, luego de insistentes forcejeos y jadeos, mi memoria no ha llegado sino al fondo de mi consciencia —con conciencia— a partir del año 1905. Es decir, cuando yo iba a cumplir los siete años. Excepcionalmente como quien guarda un casi velado cliché y lo intenta precisar, puedo distinguir en este cliché: la terraza de un piso en la calle de Alcalá, casi esquina a la de Claudio Coello, donde vivían unos muy próximos parientes míos; las once de la mañana de un día 2 de mayo de 1902; un día —¡estoy segurísimo!— nublado, ya cuajadas las fronteras frondas del Retiro; y por esta calle de Alcalá, bajando desde la estatua ecuestre del general Espartero hacia la Puerta de Alcalá, muchos, muchos soldados de caballería muy bien alineados, con uniformes rojos y azules, con cascos brillantes emplumados o morriones galo-neados, con lanzas coronadas de banderitas ondulantes... ¡Cómo martilleaban sobre el pedernal de la calzada los cascos de los caballos! ¡Cómo resonaban, con estridencia, las trompetas! Los escuadrones llegaban de los cuarteles de Vicálvaro, de Alcalá de Henares... Se dirigían al Palacio Real... Aquel 2 de mayo de 1902, don Alfonso XIII iba a ser declarado mayor de edad en el Congreso de los Diputados. Pero insisto en que es este un recuerdo palidísimo, en un cliché ya casi borrado. Ahora bien, mis primeros recuerdos madrileños son escasos, pero los conservo con una precisión asombrosa. Son recuerdos, pues, de los que se puede afirmar «que van a misa». Seguro estoy que ahora, cuando los paso de la memoria a la pluma, quedan tan ternes como si hubiesen acaecido ayer. De algunos de ellos podría jurar hasta la fecha exacta. De otros, no.

¿Querrán ustedes creer que mis recuerdos madrileños más lejanos son... netamente fúnebres? Vivía yo, entonces, en la calle de Columela, número 3. Y era entonces corriente «diversión», para niños y mayores, presenciar el desfile de los entierros de personalidades ilustres. «¿Dónde vamos a ir esta tarde, mamá?», preguntábamos los hijos. Y respondía mamá sensatamente: «Podéis ir a ver el entierro de don Fulano de Tal. Será muy lujoso, y acudirá un gentío a su paso.» En efecto, la niñera de turno nos llevaba a divertirnos viendo el desfile del lujoso sepelio. Con muy pocos meses de diferencia, contemplé muy interesado, y algo impresionado, dos entierros auténticas efemérides en la historia de España: el de don Francisco Silvela y el de don Raimundo Fernández Villaverde¹. Los contemplé, sin perderme detalle, subido con la ayuda de la chacha a una de las rejas del Palacio de Villahermosa, por el lado de la Carrera de San Jerónimo, uno de los ya contadísimos bellos palacetes madri-

¹ El entierro de don Francisco Silvela fue el 31 de mayo de 1905, y el de don Raimundo Fernández de Villaverde, el 16 de julio del mismo año.

leños a cuyos nombres no hay que añadir el R.I.P. Reconozco que presenciando el fúnebre cortejo me entretenía lo bastante para olvidarme de las chillonas pedigüeñerías. Claro está que se trataba de los entierros *nada menos* que de dos ex presidentes del Consejo de Ministros y ex presidentes del Congreso de los Diputados. Primero, el coche fúnebre terriblemente barroco, donde iba el muerto en rica caja de madera brillante con herrajes de plata, y ésta dentro de una urna de cristal. Coche tirado por dos o tres troncos de hermosos y cachazudos caballos negrísimos, gualdaprados y emplumados en el testuz, cuyos pateos rítmicos —«braceos»— sirvieron de modelos, años más tarde, para los perneos de la vicetiples en los coros de las revistas un poquito sicalípticas. En el alto y alabeado pescante tapizado, el áuriga con peluca blanca, tricornio negro, dalmática negra, guantes blancos, medias blancas, calzones negros, y rostro que, a distancia, parecíame si no negro sí atezado. A los lados de los troncos equinos, sendos ujieres de las Cortes, con anchos galones dorados en las bocamangas de los levitones, y grandes hachones encendidos en las manos diestras. Detrás de la carroza fúnebre, muchos, muchísimos caballeros enlevitados y enchisterados, parlantes y manoteadores, que me daban la impresión de no acordarse demasiado del difunto y hasta de irse ya repartiendo su herencia. Detrás de estos caballeros, en hileras compactas y arrítmicas, varias carrozas colmadas de coronas de flores con cintajos escritos con mayúsculas de purpurina dorada. Detrás de estas carrozas, el pueblo: dos mil o tres mil personas de las clases más humildes, de esas que sólo pueden divertirse en entierros lujosos, desfiles militares, socavones en la vía pública, hundimientos de casas sin culpa de nadie... Dos mil o tres mil personas —de ambos sexos y de todas las edades— decididas a no abandonar al muerto hasta que éste desapareciese tragado por el nicho o la tumba. Al muerto le entraban a hombros, los ujieres, en el Congreso. También entraban en el Congreso los caballeros enlevitados y enchisterados. El pueblo se quedaba fuera, mirón, paciente y guirigayrero. Como tres cuartos de hora tardaban en salir del Congreso el muerto y sus acompañantes. Y el cortejo subía por la Carrera de San Jerónimo; y yo lo perdía de vista cuando acababa de pasar por delante del bellísimo Palacio de Miraflores. El espectáculo había durado más de una hora. Y yo y la niñera regresábamos tan contentos a casa. «¿Lo habéis pasado bien?», me preguntaba mamá. «¡Ha sido divertidísimo!», respondía yo. ¡Cuántos señores bien vestidos, cuántas coronas con cintas escritas en oro, mamá! ¡Qué coche tan lujosísimo el que llevaba al muerto!»

A papá le mareé durante varios días con una pregunta que resumía mi gran preocupación: «¿Por qué el coche fúnebre de don Francisco Silvela llevaba seis caballos, y el de don Raimundo Fernández Villaverde llevaba ocho?».

Y cuando papá me aclaró que casi casi mandó un poco más don Francisco, pero que se le estuvo muy bien «la rebaja de caballos», y que don Raimundo le hubiese quitado el mando, porque antes don Francisco había traicionado al señor Cánovas del Castillo, a mí, se lo juro a ustedes, me quedó grabada a fuego en el alma la idea —acaso por primera vez— de lo que era la injusticia: a más traidor, más caballos empenachados y gualdrapados, y más ujieres con hachones encendidos.

Otro de mis recuerdos madrileños, y sin duda alguna el más seductor, el que permanece más iluminado y palpitante, es el de la Puerta del Sol. Una vez a la semana, y siempre que no lloviese ni hiciese excesivo frío, mamá nos decía a los hermanos: «Si me prometéis portaros como Dios manda, esta tarde nos daremos una vuelta por la Puerta del Sol y os convidaré a merendar en *La Mallorquina*.» Por supuesto, nos comportábamos como Dios manda; y bien lavaditos, y vestiditos «de tiros largos», pian piano calle Alcalá abajo, hasta Cibeles, calle Alcalá arriba, hasta el Café de Fornos, calle Alcalá abajo, hasta la Puerta del Sol. Y por la acera de los pares, que era donde daba el sol. Y deteniéndonos en todos los escaparates. Debo recordar que la calle de Alcalá podía ser cruzada entonces por donde a uno le diera la gana, pues que aún no habían sido inventados los guardias del tránsito ni los semáforos; porque no circulaban sino coches de punto con jacos remolones, carros de mulas cachazudas y algunos tranvías —ya eléctricos— que marchaban por la derecha. ¡La Puerta del Sol! ¡La diana más atractiva de mis ilusiones disparadas! Sí, una vueltecita lenta, lenta, lenta, por sus aceras para terminar tomando chocolate con ensaimadas en *La Mallorquina*. Después de tantos años, cierro los ojos y la veo tal como era, con precisión de cámara fotográfica². Estaban todas sus casas recién pintaditas en un tono dorado que las agradecía mucho. ¡Y eran tan iguales en su altura, casi casi en su tamaño y en número de balcones...! Tenían, indiscutiblemente, como «un aire de familia» que las hacía simpáticas. Eran de una familia burguesa y rica. ¡La Puerta del Sol! Me llegué a saber de memoria los comercios que había en cada una de ellas. Los hermanos, ya en casa, jugábamos a preguntarnos: «¿Qué tienda hay en el número 13? ¿Y en el número 8?» Y como nos jugábamos en el envite pos-

² La Ley de Reforma de la Puerta del Sol fue de 28 de julio de 1857. La obra duró cinco años. El precio del pie cuadrado era de 300 reales. La Ley exigía que todas las casas tuviesen la misma altura y fachadas que no desentonaran entre sí. Y si el ensanche se adoptó en forma de media luna, entre las calles del Arenal y de Alcalá, fue por necesidad de respetar el edificio de Correos (luego Ministerio de la Gobernación, hoy Dirección General de Seguridad) que Carlos III mandó construir —1768— al arquitecto francés Jaime Marquet. Para levantar este edificio ya se habían derribado las 36 casas más cochambrosas de aquel lugar.

tales con vistas de muy diversos países, yo llevé a mis hermanos a la bancarrota postal.

En el número 1, entre Alcalá y la Carrera de San Jerónimo, ya estaba el Hotel de París; y ocupaban sus bajos el Café de la Montaña, una papelería y una tienda de sombrillas. Según papá el Hotel de París competía con el Hotel Inglés de la calle de Echegaray, en atraer a sus comedores a los comensales de la alta política y de la alta banca. En el número 2, la casa Baranda, donde mamá compraba la ropa blanca. Y delante de este comercio establecía su puestecillo de pon y quita un vendedor de pastillas de café con leche de Logroño, de quien éramos clientes fieles los hermanos. En el número 3: el Café de Puerto Rico. En el número 4: la Camisería Hernando y la Sombrería de Gayar. En el número 5: el Café de Levante y la Farmacia de Borrell. En el número 6: *La Pajarita*, donde se vendían los exquisitos caramelos envueltos en un papel con el título y las señas en una charada facilísima: una pajarita de papel, una puerta, un sol y el 6. Y a continuación de *La Pajarita* (que también era la proveedora de dulzores para diputados y senadores), la Librería de San Martín, una Casa de Cambio y la Joyería Peñalver. El número 7 lo ocupaba el Ministerio de la Gobernación, coronado por la torreta a lo largo de la cual caía la bola doradita y soniqueante a las doce y a las veinticuatro, contribuyendo al regocijo pasmarote de forasteros. En el número 1 de la calle Mayor, pero... ¡qué duda cabe! en plena Puerta del Sol, el Bazar de la Unión, paraíso de los juguetes, colocados en vitrinas dispuestas en caminitos casi laberínticos, por los que ambulábamos remolones y caprichosos los niños, siempre bajo la luz lechosa de los arcos voltaicos.

En el número 8, entre las calle Mayor y del Arenal: *La Mallorquina*, donde hoy sigue esparciendo, lo mismo que ayer, un olor exquisito y estimulante a ensaimadas calentitas en pasta hojaldrada. Y un limpiabotas. Y ya esquina al Arenal, una sastrería. En el número 9: la Central de los Ferrocarriles del Norte de España; y sobre ella, la Sala de Esgrima del maestro Sanz. (Según nos comentaba mamá, este maestro Sanz enseñaba a los caballeros a matarse..., disimulando su crimen, por lo que seguramente estaría excomulgado. Noticia que nos empavorecía y aligeraba nuestro paso.) En el número 10: el Café de Correos; y esquina a Preciados, el «Credit Lyonnais». (En el que mamá guardaba su pequeña cuenta corriente, por aquello de que le merecían más confianza los banqueros franceses que los españoles.) En el número 11: entre Preciados y Carmen, el Café de Oriente —predilecto de pensionistas, jubilados, toreros viejos y menestrales que en domingos y días de fiestas subían desde los barrios bajos—; una tienda de modas femeninas y una joyería. Sobre ellas, un enorme rótulo corrido por toda la balconada anunciaba «Hotel

de la Paix». En el número 12, entre Carmen y Montera, la Compañía Transatlántica, una expendeduría de tabacos, una lotería, un limpiabotas y una tienda de abanicos, paraguas, sombrillas. En el número 14: dos «celebridades», la Carnicería de Niembro —la mejor de Madrid— y la Cervecería Candelas. Esta siempre con los visillos muy corridos para ocultar sus interioridades. (Sabíamos por mamá, que en esta cervecería se pasaba «las horas muertas» (sic) el tío Andresito. «¿Por qué?», preguntábamos muy intrigados. Mamá, haciendo un mohín entre picaresco y despectivo, se limitaba a contestar: «Porque el tío Andresito le gusta más que le sirvan el café o la cerveza las mujeres que los hombres.» Y yo, para mi capote: «¡Pues qué buen gusto tiene el tío Andresito! ¡Cuando yo salga solo vendré a merendar a esta cervecería tan misteriosa!») En el número 15: la Librería de Fernando Fe y el Café Universal.

Además de las tiendas y del chocolate con ensaimadas, la Puerta del Sol tenía para nosotros otros varios encantos, entre los que contaban los vendedores callejeros y los tipos raros que pedían limosna más o menos disimuladamente. Entre estos tipos raros ninguno nos inspiraba tanta compasión como un viejo cegato, grueso y alto, con patillas como las que hizo famosas el duque de Sesto, cubierto con un hongo chato de copa y un mancferlán raidísimo color ala de mosca, que tocaba en algo así como un caramillo pastoril, o un silbo de afilador, unas extrañas melodías. Caminaba arrastrando los pies, se detenía para apoyarse en los marcos de los escaparates, sin dejar de soplar, y poniendo en el cielo sus pupilas casi blancas por completo. Otro tipo mucho menos triste, y que nos hacía sonreír, era el llamado «Garibaldi», enteco, sucio, desdentado, sin afeitar, embutido en una enorme casaca grasienta y con galones —y que habría sido de algún ministro, llevada al Rastro—, cuyo peto iba cubierto de condecoraciones de chatarra, tocado con un hongo seboso y agujereado, empernado en pantalones de difunto mucho mayor que se le acordeonaban sobre unas botazas de elásticos. «Garibaldi» iba siempre «curda perdido», bailaba, hacía pitos, cantaba cuplés picantes o de malas intenciones políticas, logrando formar corro nutrido de curiosos que le jaleaban; hasta que llegaba un guardia municipal, le tomaba por un brazo y se le llevaba. Cuando así era conducido, «Garibaldi» se rascaba fuertemente, ostensiblemente «sus partes» o tiraba el hongo al aire gritando «¡Viva Garibaldi!». A mamá le daba asco este tipo, y nos apartaba de él con palabras y empujones categóricos, y asegurándonos que estaba lleno de liendres y de escrófula incurable.

La Puerta del Sol estaba densamente habitada por vendedores ambulantes; todos los cuales nos atraían con su publicidad gritona y hasta chulona. Allí el que vendía chavalines de barro pintado que hacían pis si se les apretaba

la barriga de goma. Allí los que vendían plieguecillos impresos con la «desesperación y arrepentimiento» —en verso— de Espronceda, o las hazañas romanceadas de Luis Candelas, o las coplas isidras o navideñas. Allí los que vendían el «Zaragozano» «con el tiempo que iba a hacer» y la «Guía» y el plano de Madrid para aviso de forasteros. Allí los que vendían gomas para los paraguas, tubos de sindeticón, cordones para las botas y los zapatos, pipas y petacas, mecheros de torcida, la cucaracha y el ratón corretones, el bonito juego del ratón y el gato, que aparecían y desaparecían alternativamente, empujando a uno u otro lado de la cajita similar a la de fósforos. En esquinas estratégicas de la Puerta del Sol apoyaban sus espaldas los recios mozos de cuerda, blusa larga y pantalón de pana, y gorra de visera con cinta roja y un número en chapa metálica. Sí, los populares *soguillas* en espera de trato.

Recuerdo que los hermanos jugábamos a ser dueños de alguna de aquellas casas de la Puerta del Sol. Yo prefería la número 8, entre Mayor y Arenal, seguramente por apropiarme del bonito negocio de *La Mallorquina*. Cuando mamá me oía desear tal casa, me decía chungona: «Pues pídesela, hijo mío, a la marquesa de Manzanedo, que es posible que le hagas gracia y que te la regale.» A mí, la guasita materna me incordiaba bastante. «¡La marquesa de Manzanedo!, pensaba yo. ¡Vaya suerte la de esta señora marquesa: una casa en la Puerta del Sol!» Para mí, ombligo de mi mundo esta Puerta del Sol. Mi envidieja de aquella buena marquesa creció mucho cuando papá, que se enteró de mi buen gusto inmobiliario, nos hizo saber que la señora marquesa de Manzanedo era dueña, además de la casa número 8, de las señaladas con los números 1, 14 y 15³.

Y ahora quiero recordar un teatro madrileño, del que —ignoro aún el porqué— ningún historiador de Madrid, ningún historiador de los teatros de Madrid, ha hecho mención siquiera de pasada. Un teatro modesto, eso sí, pero del que yo guardo firme y gozosa memoria por haber sido el primer teatro donde yo presencié la primera obra escénica. Este local se tituló Nuevo Teatro, y estuvo situado en el inmenso solar que dejó el derribo de la famosísima cárcel «del Saladero», en la hoy calle de Sagasta, acera de los pares, aproximadamente entre las calles de Antonio Flores y de los Hermanos Álvarez Quintero, más cerca de aquélla que de ésta. El Nuevo Teatro tuvo en mi hogar mucha *resonancia*, pues uno de sus propietarios empresarios era amigo, y aun pariente lejanísimo de papá. Y papá tomó muy a pecho lo relativo a la construcción, decoración, inauguración y temporada activa de este local. El teatro fue cons-

³ Entre los años 1900 y 1910, las casas de la Puerta del Sol tuvieron como propietarios: 1, 8, 14 y 15, a la señora marquesa de Manzanedo; 6 y 13, a los señores de Maltrana; 9, al marqués de Casariego; 11 y 12, al señor Udaeta; 4, al señor Gosálvez, y 2, al señor Leyer.

truido en muy pocos meses: de enero a junio de 1905. Como funcionario municipal, ya relativamente «alto», papá se encargó de gestionar la licencia de apertura para el 1 de julio, pues a los empresarios les convenía actuar los tres meses estivales. (Entonces no era como ahora, y el verano tremendo duraba lo acordado por el «Zaragozano»: julio, agosto y septiembre. Ahora el verano dura lo que le da la gana, y no pocas veces «veranea» durante meses que no le pertenecen.) Contra el noble intento de papá combatió denodadamente —como las olas del mar contra el náufrago— la lentitud del expedienteo municipal. Y naturalmente, como siempre vencen las olas al náufrago, también el plomo del expedienteo municipal venció a papá. Y por ello, la ansiada licencia de apertura no fue concedida ¡hasta el 2 de agosto! Un mes largo perdido por aquellos modestos empresarios. El amigo y pariente de papá almorzó en casa el mismo día de la inauguración: 3 de agosto. Y a los postres, mientras él y papá sorbeteaban el café y chupeteaban los habanos, aquél se sintió generoso y sacó de su cartera un papelito rectangular y rosáceo, ofreciéndoselo a mamá: «Es un palco platea para esta noche. Pueden ir los niños porque las obras son decentes y divertidas.»

Ya he dicho que el Nuevo Teatro se alzaba en un solar enorme, donde era la única edificación, por cuanto su aislamiento era total. Desde lo alto de las corcovas del resto de aquel enorme solar, se divisaba un paisaje urbano de paredes medianeras, de ropas tendidas, de esbeltos chapiteles... La fachada daba a la que siendo ya calle de Sagasta, aún era llamada por los madrileños Ronda de Santa Bárbara. El Nuevo Teatro era —y no quiero que la suave melancolía del recuerdo engrandezca y pula la sencilla verdad— un local tan pretencioso como pobretón. Eso sí: solidísimo. Hierro su esqueleto y ladrillo su carne. Pero, no sé por qué, su contemplación dejaba la impresión de algo efímero y vulgar. La fachada semejaba un *telón de boca*, pintarrajeado con motivos teatrales y tres puertas de tres cuartos de circunferencia cada una que parecían bocas bostezando; mayor boca la central. La taquilla era como garita de consumero y estaba adosada a la parte zurda de la fachada. En el frontis, bajo la curva del remate, el título en gran letras rojas: «Nuevo Teatro». En la parte alta de los muros laterales había grandes ventanos cuyos contraventanos podían abrirse y cerrarse tirando de unas cuerdas desde los pasillos laterales interiores. Rectangular el vestíbulo, mínimo, y con un modesto ambigú en su lado derecho. La sala era menos ancha de lo que su largo aconsejaba. En los testeros laterales, bajo los ventanos, sendos brazos metálicos cada uno de ellos con tres bombillas dentro de unas tulipas que tenían forma de corolas de rosas. La sala, con pasillo central, alineaba a cada lado doscientas butacas en filas de a diez; butacas de madera barnizada, infiernos de posade-

ras, cuyos asientos bajaban y levantaban los espectadores con estrépito. A cada lado de la sala, un proscenio y cinco palcos plateas; detrás de las cuales corría un estrecho ambulatorio. Sobre los palcos plateas y las últimas filas de butacas estaban el anfiteatro —al centro— y la entrada general —en los laterales—. La cobertura era el feo entramado, al desnudo, de las vigas de hierro en las que se apoyaba el tejado a dos vertientes. El escenario, bastante empinado, era pequeño. Y el telón de boca tenía pintadas unas cortinas recogidas lateralmente, que dejaban ver a una buena moza —llamada Talía por papá—, mal cubierta por una veste vaporosa y rosa, que tenía en una mano una careta llorosa y en la otra mano una careta riente. Seguro estoy de que mamá declaró que aquella Talía era «una indecentada». Por supuesto, no recuerdo cómo era por dentro el Nuevo Teatro, por la razón convincente de que no lo visité.

Bien bien, lo que se dice bien, no recuerdo todas las obritas que fueron representadas en aquella solemne noche inaugural del 3 de agosto de 1905. El Nuevo Teatro estaba abarrotado de público chillón. Mamá nos había vestido... que éramos *una preciosidad*. Pero allí muchos hombres se quedaron en mangas de camisa, y las mujeres agitaban enormes abanicos. De las cuatro obritas estrenadas recuerdo los títulos y algo de los argumentos de dos de ellas: *La Huertanica* y *El país de los golfos*⁴. En esta obrita, unos cuantos golfillos madrileños, desarrapados, mugrientos, descarados y malhablados, vivían en unas cuevas de los desmontes madrileños, comían frutas y verduras robadas en las huertas próximas, fumaban colillas, se limpiaban morros y narices con las mangas y se choteaban de los «guindillas». Pero llegaba un buen señor de alma y de bolsillo generosos, y luego de verles cantar y bailar, se los llevaba a un asilo, para que allí, tras cortarles las greñas y desinfectarles y desinsectarles, se hicieran «hombres de bien». La obrita me conmovió tanto que, durante mucho tiempo, cuando me cruzaba en la calle con algún golfillo, mirábale compungido, aun cuando el sujeto de mi piedad no mostrara pesar alguno mientras recogía colillas o se limpiaba las narices con la manga. De mi asistencia a la función inaugural del Nuevo Teatro me quedó recuerdo tan perdurable que..., ya se habrán dado cuenta mis lectores. Y añadido: papá se mostró muy irritado durante aquel verano, por el motivo de que cuantas obritas eran estrenadas —casi a diario— en aquel local dedicado a Talía, fracasaban estrepitosamente, «¡Si son como las que vimos y oímos la otra noche...!, apostillaba

⁴ El Nuevo Teatro fue construido con arreglo al proyecto y dirección del arquitecto don Arturo Pérez Merino. El decorado de la sala fue hecho por los señores Senac y Garco y los pintores escenógrafos señores Roldán y Vargas. Tenía cabida para mil ochocientos espectadores.

mamá, ¡Valientes birrias!» Opinión que sulfuraba a papá: quien argüía que en verano, y por una cincuenta la butaca y dos reales la general, para presenciar tres funciones, eran exigibles la corrección y la comprensión de los espectadores. A pateo por noche estival salieron los estrenos en el Nuevo Teatro. Aquello fue como las pesadillas de una noche de verano, sin versos de Shakespeare, pero con la música estridente de una orquesta que tenía resabios de charanga.

¿De qué dirán ustedes que me acuerdo, de por entonces? De algo en verdad insólito en un niño, como yo lo era, de tan escasos años. Un día a la semana, los sábados por la tarde, acudían a mi casa unos señores muy amigos de papá. Y con papá se encerraban en el despacho. ¿De qué discutían con tanto calor y voces tan atropellándose las unas a las otras? ¡De política casi siempre! Papá era fervoroso canovista; y cuando Cánovas fue asesinado, se retiró de la política activa, pues que cien veces juró que jamás aceptaría las sucesivas «defecciones» conservadoras de Francisco Silvela y de Raimundo Fernández Villaverde. Sólo cuando, años después, tomó la jefatura del Partido Conservador don Antonio Maura, papá sintió reverdecer sus ilusiones políticas. Terminada esta breve digresión, vuelvo a lo de que papá y sus amigos discutían muy vivamente, a puerta cerrada, y quitándose unos a otros las voces. «¿De qué discutirán tanto, que parece que se irán a las manos?», nos preguntábamos los hermanos. Hasta que una tarde, yo, el más decidido, pegué el oído a las junturas de la puerta del despacho, mientras mis hermanos montaban alerta en los extremos del pasillo para «detectar» la posible llegada de mamá o de alguna de las chachas.

Escuché durante varios minutos. Luego, los hermanos nos reunimos en el comedor. «¿De qué hablan?» «Están furiosos porque temen que coloquen en el Salón de Sesiones del Congreso el retrato de don Alejandro Pidal.» «¿Y por qué quieren colgar el retrato de ese señor?» «Porque ha sido presidente del Congreso.» «Bueno, ¿y qué tiene que ver que haya sido presidente del Congreso?» «Pues que, por lo oído, en ese Salón son colocados los retratos de cuantos presidentes ha tenido el Congreso. Por eso ya están colocados los retratos de..., a ver si me acuerdo, caramba... ¡Ah, sí! Los de Ayala, Cánovas, Martos, Castelar, Pí y Margall, Silvela y Villaverde...» «Y entonces, ¿por qué no han de colgar el de don Alejandro Pidal?» «Porque papá y sus amigos quieren que cuelguen el del señor marqués de la Vega de Armijo, que también ha sido presidente del Congreso.» «¡Vaya bobería! ¡Pues que les cuelguen a los dos!» «Es que... resulta que en el Salón sólo queda un hueco para colocar un retrato.» Esta última noticia dejó petrificados a mis hermanos. Tardaron en reaccionar. «¿Y que más has oído?» «Ese amigo de papá que siempre está fumando puros y que tiene patillas y un chaleco precioso café con leche y bo-

tones de nácar, ha dicho que como don Alejandro y el marqués aún viven, pues que se cuelgue el retrato del que de los dos se muera antes. A mí me parece bien. ¿Y a vosotros?» Mis hermanos compartieron la solución salomónica de patilludo amigo de papá. Y desde aquel día hicimos cuestión de honra aprendernos de memoria los nombres de los señores presidentes del Congreso que ya habían ganado *plaza permanente* en el espléndido Salón de Sesiones, y los de aquellos otros dos que aún estaban opositando a la última *plaza vacante*. ¡Ayala, Cánovas, Martos, Castelar, Pí y Margall, Silvela, Villaverde..., Pidal y el señor marqués de la Vega de Armijo! (Años después me expliqué la defensa que hizo papá, conservador canovista, a favor del... retrato del liberal sagastino señor marqués de la Vega de Armijo. Y es que este marqués, cuyo nombres y apellidos fueron Antonio Aguilar y Correa, era algo pariente del suegro de papá, y abuelo mío, don Miguel Correa, ministro de la Guerra —1898— ...precisamente con Sagasta. Aquí, y así, todo se explica.)

También son recuerdos imborrables en mí los dos primeros cines a los que asistí. Uno de ellos, que empezó llamándose *Teatro Maravillas* y se confirmó de *Cinema X* (años después tomó este nombre el cine que aún lo lleva en la calle Ancha de San Bernardo). Estaba situado entre las calles de Malasaña y Carranza, dando cara a la Glorieta de Bilbao. Era un barracón con una portadilla mísera, asientos durísimos de madera, en el cual, durante los veranos, eran movidos «a brazos» unos bastidores rectangulares —cubiertos de tela de saco tirante—, colgados de la techumbre, paralelos entre sí, que al balancearse de atrás adelante, y viceversa, no hacían sino fingir ráfagas de aire fresco derramado sobre los espectadores. A mamá no le gustaba llevarnos a este cine, cuyas localidades valían dos reales, porque sospechaba muy fundamentalmente de su absoluta falta de limpieza. Y, sobre todo, porque hedía a pís gatuno. En este cine vi proyectarse media docena de veces una película titulada *Madame Pompón*. Duraba su pase un cuarto de hora escaso. Durante este tiempo, madame Pompón, señora guapota y bien vestida y alhajada, que pesaría muy cerca de los doscientos quilos, pretendía inútilmente meterse en un «fiacre» —nuestro desvencijado «simón» pesetero—, ya que su volumen excedía mucho el ancho de la portezuela. Pues bien, compadecidos de sus apuros iban llegando un caballero, un limpiabotas, un lechero, un mendigo, otro caballero, un mozo de cuerda...; y todos ellos empujaban a madame Pompón desde cualquier lugar de su anatomía, sin que ella perdiese su dulce sonrisa. Al fin llegaba un hércules, actor en un circo próximo; el cual, luego de sobarse un poquito las virgulillas tiesas, kaiserinas, de sus bigotes, se lanzaba en tromba contra el revoltijo humano. A tan bárbaro empujón colectivo, madame Pompón no sólo entraba en el «fiacre», sino que salía disparada por

la portezuela contraria, seguida de los caballeros, mozo de cuerda, repartidor de leche, hércules y... las dos hojas de las portezuelas.

El otro cine de mis recuerdos fue inaugurado algún tiempo después, dentro del Retiro, detrás de la Casa de Vacas y al lado de la Casita del Rico y del Pobre. También era un barracón; pero bastante más adcentado que el anterior. La general —unos bancos corridos— iba desde casi la pantalla hasta la mitad de la sala. Y desde aquí, en plano más elevado y separada de la general por un antepecho de madera, la preferencia. La portada de este cine la ocupaba un órgano monumental; es decir, el órgano estaba oculto por la portada barroca, cuyo centro, a media altura, lo ocupaban cinco repisillas, levemente distanciadas, sobre cada una de las cuales gallardeaba una mujer guapota, pechisacada, caderosa, con peluca blanca, casaca muy ceñida al busto, pantalones bullones cerrados sobre las rodillas con un lazo, medias blancas y zapatos blancos de alto tacón. Las guapotas eran... de madera. La que ocupaba la peana central llevaba una batuta en la mano diestra. Las otras cuatro tocaban unas campanitas manuales con unos acotillos también manuales. Cuando funcionaba el órgano —valeses, polkas, mazurcas, pasodobles—, las figuras adquirían movimiento; y la directora dirigía, y las tocadoras tocaban. Y las cinco movían los ojos y las cabezas de un lado a otro. Siempre habría frente a estas graciosas figuras varias docenas de niños, amas de cría —recubiertas de pesetas y realines de plata—, niñeras y militares sin graduación. Que estos militares sin graduación siempre fueron muy proclives al pasieguismo o al polismo —de Langreo o de Lena— dedicado a la crianza aristocrática o burguesa de Madrid.

Solía suceder con frecuencia que el motor del órgano se estropeaba. Y entonces era necesario que «fuerzas animales» tomaran el ejercicio del fracasado motor. Estas «fuerzas animales» no eran otras que las bípedas de los muchachos voluntarios —yo entre ellos—, quienes, por el precio de presenciar una función gratis, se comprometían a mover la rueda del órgano durante cuatro piezas. Este encantador cine de mi infancia aún tenía otro atractivo. Su luz natural y su ventilación estaban aseguradas por unos ventanos altos, cuyas maderas cierres se levantaban y cerraban hacia fuera y desde fuera, por medio de cuerdas que se ataban a unas alcayatas. Pues bien, ya porque el encargado del cine nos hubiese reprendido, ya porque nos diese la gana, cuando se estaba proyectando la cinta, aupándonos unos a otros, tomábamos las cuerdas y tirando de ellas levantábamos los portillos. Inmediatamente oíanse las ruidosas protestas de los espectadores. Y con la misma «inmediatez» huíamos de allí, pues que siempre había un jornalero, provisto de una estaca, encargado tanto de levantar y de echar los portillos a su tiempo, como de sacudir «estopa» a quienes realizaran idéntica misión fuera de su tiempo.